



Vicente Blasco Ibáñez

# Cuentos de amor y de guerra

Selección, introducción y estudio de Salvador Bataller

clásicos  
algar joven

1

AMOR, HONOR Y VENGANZA  
EN UNA LEYENDA ROMÁNTICA

Blasco Ibáñez, como iremos viendo, es un maestro en describir combates individuales y colectivos, aunque en «El castillo de Peña Roja» no encontramos ninguno y sí la fase prebélica, la descripción de la plaza de armas de un castillo feudal, con multitud de pormenores visuales y sonoros sobre guerreros, armaduras, armas, caballos y un puente levadizo. Para completar esta estampa tan plástica, incluso brilla un sol mañanero y hace acto de presencia el amor, sentimiento que reina entre don Raimundo, el protagonista, y doña Luz, su bellísima y rubia esposa. A continuación, se despiden los enamorados y la cabalgata guerrera se dirige a incorporarse al ejército del rey de Castilla para luchar en tierras de frontera con los moros.

Sin embargo y paulatinamente, la guerra, medio de vida y justificación del honor supremo y de la preeminencia social de la nobleza, va perdiendo no solo brillantez y grandiosidad, sino también presencia y protagonismo. Tanto es así que casi desaparece y solo se cita, de pasada, al final, al hablar de las cruzadas en Tierra Santa. Previamente, la secuencia II se sitúa en el campamento militar, después de una reñida batalla, de la que el autor apenas recoge un comentario, en la tienda de campaña, entre el

señor y su escudero. A partir de ahí interviene lo mágico, y la pelea central y clave en este relato ya no se libra entre moros y cristianos, sino entre el amor conyugal y el deseo de venganza. Es, pues, una leyenda que narra un conflicto nada legendario, sino real o posible, y no solo en plena Reconquista y en la segunda mitad del siglo XII: la venganza del marido, ultrajado por adulterio cuando se va a la guerra. Aquello de «la maté porque era mía», que aún en pleno siglo XXI continúa machacando, y no solo como letra de tango, aquí lo aplica un señor feudal.

La conversión de la materia real en leyenda fantástica se produce gracias a la inclusión de un elemento maravilloso: un viejo astrólogo y sus prodigios. Este mago enigmático aparece y desaparece de forma misteriosa y proyecta imágenes gracias a las cuales don Raimundo «creyó ver en aquella fantástica aparición la realidad». Y como pensó que lo que veía estaba sucediendo allí, ante sus ojos, con su espada destrozó la tienda de campaña, lo mismo que hiciera don Quijote con los títeres de maese Pedro y por la misma confusión. Esta fugaz visión sobrenatural conecta dos presentes situados en lugares muy distantes y hace emerger el conflicto real, el arquetípico triángulo amoroso, al proyectar sombras de duda sobre la luminosa y supuestamente modélica relación amorosa entre el guerrero y su esposa.

Completa el clima de cuento legendario o fantástico una serie de recursos literarios y aderezos muy propios del romanticismo. Allí están las ruinas del castillo –imponente «mansión feudal construida a mediados del siglo XII», pero en el presente del narrador en «deplorable estado»–, cubiertas de «trepadora hiedra», pero a las que no les faltaba

«su tradición recordando hechos, ora reales o fantásticos, ora gloriosos o sangrientos». Y así entramos en una historia terrible que un lugareño —«un descendiente de los antiguos vasallos de Peña Roja», para dar más verismo a los hechos— cuenta al autor en una noche de invierno.

El clímax del conflicto, la escena apoteósica, tiene lugar en un ambiente misterioso, nocturno y gótico en todos los sentidos. El espacio interno es cerrado. Primero es el salón de honor del castillo de Peña Roja, en el que impera una atmósfera sobrenatural, con personajes de tapices que parecen tomar vida. Desde allí penetra el marido por «una pequeña puerta secreta», no podía ser menos, en la oscura alcoba de doña Luz, escenario de deseo y de venganza. El espacio externo es abierto y natural, una naturaleza en consonancia con las pasiones que se viven en el relato. Totalmente identificada con el héroe romántico, anuncia lo que tiene que venir y, además, evoluciona al unísono con la situación de este. Como dice don Raimundo, «la próxima tempestad es el reflejo más fiel del estado de mi alma. Ayer felicidad, hoy desesperación. Ahora calma, dentro de poco tormenta. ¡Rayo de Dios! La Naturaleza y mi alma son iguales en todo». Así, mientras luchan los antagonistas, el mar ruge embravecido y la tempestad, cuya profusión de rayos y truenos recuerda el final del drama romántico *Don Álvaro o la fuerza del sino*, va *in crescendo* en paralelo con el aumento de la violencia de la escena. Y acorde con esa naturaleza, el pesimismo romántico proclama que la felicidad no existe y si se alcanza acabará con ella «la nube, la eterna nube que siempre viene a empañar la dicha».

«El castillo de Peña Roja» está en la línea fantástica de la leyenda de Bécquer *La promesa*: por la época, el ambiente, el espacio y el protagonista, que también es un guerrero, aunque en esta no hay adulterio, y el señor feudal es el engañador. También se descubre el engaño por la presencia de un personaje extraño en el campamento militar. Pero en la leyenda becqueriana no es un astrólogo quien lo descubre con sus imágenes visuales mágicas, sino un juglar mediante las palabras de un romance que canta. Junto a esas diferencias, queremos señalar que Blasco no pretende tener la experiencia del autor de *Rimas y leyendas* ni su calidad literaria. Sin embargo, podemos afirmar que no desdice de muchas obras que se publicaron en pleno Romanticismo y que hicieron que sus autores pasaran por grandes literatos. Es más, a pesar de la juventud del autor y de que este sea su primer libro, es fácilmente comprobable que sabe describir situaciones y redondear argumentos para entretener, interesar y atrapar al lector.

#### EL CASTILLO DE PEÑA ROJA

En la cima de un escueto peñón, que erguido se levanta sobre las tumultuosas olas que en tropel acuden a bañar de espuma su firme base, álzase las ruinas del castillo de Peña Roja, mansión feudal construida a mediados del siglo XII por un valiente caballero que,<sup>42</sup> cual el invicto Lanzarote del romance, *sus arreos eran las armas y su descanso el pelear*.

---

42. Construcción de dudosa corrección. Tendría que decir: «para el que».

Aquellas ruinas conservaban, a pesar de su deplorable estado, el sello grandioso que siempre llevan grabadas todas las colosales obras de la Edad Media.

En lo que antiguamente era foso y puente del castillo crecen en la actualidad las punzantes ortigas sobre montones de escombros, y solo como señal de las fortísimas murallas y robustas torres que en aquel mismo lugar se remontaban por el espacio, quedan, a más de algunos trozos de negruzco muro, un sinnúmero de columnas rotas y descomunales sillares, en derredor de los cuales se enrosca la trepadora hiedra como una inmensa culebra verde.

Por la antigua plaza de armas corretean los más inmundos animales, y de vez en cuando por entre las altas hierbas vense brillar como dos centellas los ojos de descomunales lagartos.

Pocas ruinas existen de pasadas épocas que no tengan su tradición recordando hechos, ora reales o fantásticos, ora gloriosos o sangrientos.

El castillo de Peña Roja también tiene la suya transmitida a la edad presente, no por descabalados volúmenes ni amarillentos pergaminos, sino por las innumerables generaciones de rústicos labriegos que, encerrados en sus chozas, viven a la sombra y bajo la protección de los restos de la antigua vivienda señorial.

Esta tradición (que en una noche de invierno me fue contada por un descendiente de los antiguos vasallos de Peña Roja) la he creído digna de ser conocida por el lector, y a continuación la copio tal como me la relataron, si bien un poco adornada por las sencillas galas de mi pobre fantasía.

Todo era animación y movimiento en la gran plaza de armas del castillo.

Los ballesteros, apoyados en sus fuertes arcos, cantaban esperando la hora de partir; los escuderos iban de acá para allá dando y recibiendo órdenes, y los bravos corceles de combate relinchaban pugnando por desasirse de las ligaduras que les unían a las férreas escarpías<sup>43</sup> del muro.

Apoyados en este, veíanse un sinnúmero de robustas lanzas, y el sol de la mañana, que pausadamente íbase elevando por el horizonte, reflejaba sus dorados rayos en la superficie de las brillantes armaduras.

Todos aquellos preparativos de guerra tenían su justificación en la cercana marcha del señor del castillo, don Raimundo de Peña Roja, que, seguido de su mesnada,<sup>44</sup> partía a incorporarse al ejército del rey de Castilla, próximo a hacer una entrada en tierra de moros para vengar agravios, o, más bien dicho, para ensanchar dominios.

Solamente se esperaba la presencia del señor para que toda aquella cabalgata guerrera emprendiese la marcha, y esta no se hizo de esperar.

Los fuertes tambores y las trompas de guerra sonaron en la plaza de armas, y en el cancel<sup>45</sup> de la torre de honor

---

43. *Escarpia*: Clavo en ángulo recto que sirve para que de él se cuelgue o sujete algo.

44. *Mesnada*: Tropa, conjunto de guerreros.

45. *Cancel*: Contrapuerta o reja que separa dos espacios.

apareció la apuesta figura de don Raimundo vistiendo una fuerte armadura que deslumbraba por lo brillante.

A un lado veíase su esposa, doña Luz.

Sus azules ojos, de mirar profundo, estaban empañados por las lágrimas, y miraba a su esposo con la melancolía propia de la mujer que ve partir al objeto de su amor.

Las doradas trenzas que sobre su espalda caían brillaban heridas por el sol, al par que los bordados de plata que adornaban las diferentes partes de su riquísimo vestido.

Aquella mujer era hermosa en sumo grado, y prueba daban de tal aserto las numerosas cantigas que los trovadores de la época habían dedicado a su sobrehumana belleza.

Apenas aparecieron los señores del castillo, cuando el aspecto de la plaza de armas cambió por completo.

Los escuderos, empuñando las fuertes lanzas, saltaron sobre sus caballos; los ballesteros agrupáronse compactamente junto a la poterna<sup>46</sup> del castillo, y los pajes de don Raimundo, quitándose sus caperuzas, prepararon el caballo para que montase su señor.

Este, entonces, abrazó por última vez a su esposa, y entre las lágrimas y los suspiros de doña Luz saltó sobre la silla de su noble corcel.

Momentos después, la brillante mesnada comenzó a desfilar por el puente levadizo del castillo, y a bajar por entre las ásperas quebraduras sobre las que se asentaba la fortaleza.

---

46. *Poterna*: Puerta menor de una fortaleza que daba al foso o al extremo de una rampa.



Cuando pasado algún tiempo, el sol se encontraba en lo más alto de su carrera, solo se veía, vaga y confusamente en la cumbre de un monte no muy lejano al castillo, una mancha negruzca, a trechos brillante, que se agitaba continuamente, y que poco después desapareció en lontananza tras el picacho de la montaña.

Cuando esto sucedió, aún doña Luz, asomada a un calado ajimez<sup>47</sup> de la torre de honor, agitaba un blanco lienzo en señal de despedida.

La infeliz dama lloraba por la ausencia de su gallardo y noble esposo, al que hacía poco tiempo estaba unida en matrimonio.

## II

—Don Raimundo, bien hemos batido hoy el hierro.

—Y tanto, mi buen Fortún. ¡Por Cristo! que a no ser por ti, tan cierto como soy un Peña Roja, que a estas horas estaría con el pecho traspasado por la espada de aquel morazo, que en poco podía envidiar al gigante Goliat.

—No creo tan importante el servicio que merezca ser nombrado. ¿Cuántas veces no habéis hecho vos otro tanto por mí? Además, vuestra vida, señor, es mucho más preciosa que la mía, y por lo tanto, de más necesaria conservación. Sois noble, joven y poderoso; tenéis una esposa que os ama con toda su alma y todo os sonrío, presente y porvenir, mientras que yo, en cambio, soy un infeliz escudero que

---

47. *Ajimez*: Ventana en arco con una columna en medio.

corro por el mundo como todo pobre hijo de la desgracia, sin encontrar ante mis pasos la felicidad, ni tener una familia que llore mi muerte.

—¿Sabes que estás melancólico, amigo Fortún? De seguro que si siempre te encontraras de la misma manera, muy bien podías trocar la espada por el bandolín<sup>48</sup> y correr castillos y villas cantando como un trovador.

Después de estas palabras, los dos interlocutores callaron, y el silencio reinó en el interior de la tienda.

Ya habrá comprendido el lector que este diálogo tenía lugar entre don Raimundo y un escudero de confianza, allá en la frontera y después de un combate librado con los hijos del Profeta.

Los dos, señor y vasallo, sentados en las sillas de sus cabalgaduras, contemplaban distraídos el interior de su tienda de lienzo, mientras que allá en los límites del campamento alteraban el silencio de la noche los gritos de alerta de los centinelas y el cantar de alguno que otro ballestero junto a la roja y crepitante hoguera.

Así de este modo transcurrió el tiempo para don Raimundo y su escudero, hasta que de pronto un gran rumor que sonó a la parte de fuera de la tienda los sacó de su indolente abstracción.

—¿Qué es eso, Fortún? —preguntó el caballero.

—Lo ignoro, señor; pero aguardad y pronto lo sabréis.

El escudero salió de la tienda, y a los pocos instantes volvió diciendo:

---

48. *Bandolín*: Especie de guitarra pequeña de cuatro cuerdas, parecida al laúd.

—Es un vejete de aspecto extraño que entretiene a los soldados levantándoles horóscopos y predicándoles las cosas futuras, lo mismo que adivinándoles las pasadas.

—Tráele aquí al instante, y al menos con sus profecías ahuyentaremos algo el tedio de la velada.

Fortún salió a cumplir las órdenes de su señor, y momentos después apareció en la puerta de la tienda seguido de un viejo de encorvada espalda, y cuyo cuerpo se envolvía en una miserable hopalanda.<sup>49</sup>

Don Raimundo le midió de los pies a la cabeza con una mirada escrutadora que no pareció turbar al buen anciano, y después díjole con acento despreciativo:

—¿Eres tú ese hombre que, dotado de tanta sabiduría, logra desentrañar los misterios de los humanos destinos?

—Sí; ese soy, señor.

—Pues ¡por Cristo! que de poco te vale tu ciencia, o poco es lo que te produce, pues en figura y en ropa muy poco te diferencias de un mendigo.

—No soy ambicioso, señor —dijo el aludido sin ofenderse.

—Te creo. Pero también abrigo la convicción de que no despreciarás algunas doblas castellanas que voy a darte.

—¡Oh! Mil gracias.

—Pero antes es preciso hacer algo para ganarlas.

—Mandad, señor.

—Quiero que levantes mi horóscopo, me predigas lo que ha de sucederme de aquí a mi muerte, y si esta tardará mucho en llegar.

---

49. *Hopalanda*: Hábito o vestidura amplia.

El astrólogo, al escuchar esto, permaneció algunos instantes silencioso con la vista fija en don Raimundo, y al fin dijo:

—Creo, señor, que os convendría más conocer lo presente.

—¡Cuerpo de Cristo!; ¿quieres decirme mi presente!; ¿acaso no lo sabré yo tan bien como tú?

—No es eso, señor. Vos tenéis lejos de aquí algunas personas que os interesan tanto como vos mismo.

—Mi mujer doña Luz.

—A ella me refiero.

—No te comprendo bien. Mas ¡por Dios vivo!, que creo que con tus palabras pretendes ofenderla, y...

—Perdón, señor. Mas yo tan solo digo la verdad.

—¿Y cuál es esa verdad?; dila pronto, ¡fuego del cielo!  
—dijo don Raimundo con destemplada voz y algún tanto amoscado.

—Señor, si me dais vuestro permiso, ahora mismo veréis por vuestros propios ojos lo que os digo.

—Comienza pronto, viejo de Barrabás. Y por el turbante de Mahoma te aseguro que si no es verdad lo que acabas de decirme, de seguro que no te quedarán más ganas de meterte en adivinanzas falsas e impertinentes.

El astrólogo, sin inmutarse por estas palabras, cerró la abertura de la tienda que servía de puerta, y cogiendo la antorcha que ardía en el centro de aquella la apagó, reinando desde aquel instante dentro del recinto la más completa oscuridad.

Por algunos instantes todo permaneció de la misma manera, hasta que de pronto agitose el viejo, y al mismo

tiempo comenzó a dibujarse en las paredes de la tienda un gran círculo de luz que poco a poco fue creciendo en dimensión e intensidad.

De la misma manera como en la moderna linterna mágica<sup>50</sup> las figuras vanse contorneando poco a poco sobre un foco de luz, en aquel círculo blanquecino comenzaron a aparecer vagarosas sombras, que siguiendo distintos grados tomaron cuerpo y color para representar a una amante pareja besándose con pasión.

Formábanla una mujer de hermoso rostro y un gallardo trovador mirándose cariñosamente. Apenas apareció definido en el centro del luminoso disco aquel dichoso grupo, cuando don Raimundo exhaló una maldición horrible.

Aquella mujer que con complacencia se dejaba besar por el hermoso cantor era doña Luz.

Ciego de ira creyó ver en aquella fantástica aparición la realidad, y desenvainando su espada arrojose sobre la que creía su esposa.

Pero en breve el encanto se deslizó.<sup>51</sup>

El lienzo de la tienda se rasgó con la descomunal cuchillada que dio don Raimundo, y un rayo de luna penetró por la abertura, disipando en parte la oscuridad.

Entonces la luminosa visión borrose por completo y el caballero de Peña Roja quedose inmóvil en el centro de

---

50. *Linterna mágica*: Aparato óptico, antecedente del proyector de cine, que proyecta imágenes sobre un lienzo o una pared.

51. Así aparece en las *Obras completas* aunque parece más lógico que dijera «deshizo».

la estancia espada en mano, mientras una verdadera tempestad de ideas batallaba bajo su cráneo y la serpiente de los celos se enroscaba en su corazón.

En cuanto al viejo mágico, había desaparecido, y por más que el escudero Fortún le buscó por todos los rincones no pudo dar con él.

### III

El gran salón de honor del castillo de Peña Roja conservaba todavía el aspecto de la fiesta que en él acababa de verificarse.<sup>52</sup>

Los muros veíanse revestidos de ricos tapices, cuyos bordados representaban escenas de montería y los más interesantes pasajes bíblicos, y esparcidos por el centro de la cámara había un sinnúmero de cojines, sitaliales y escabeles,<sup>53</sup> sobre los cuales momentos antes se sentaba doña Luz, acompañada de sus pajes, sus dueñas, sus doncellas y sus más hermosas vasallas.

Metidas en fuertes escarpas embutidas en el muro, alumbraban la estancia unas cuantas antorchas y hachones<sup>54</sup> de amarilla cera, cuyas rojizas llamas, chisporroteando y enroscándose, parecían batallar con las tinieblas que momentos antes llenaban el salón, y que ahora, vencidas por la luz, se albergaban en lo alto de las negruzcas bóvedas.

---

52. Tendría que decir «celebrarse».

53. *Escabel*: Taburete.

54. *Hachón*: Vela gruesa de cera.

A la parte de fuera del castillo el mar chocaba contra las escuetas rocas, produciendo un dulce y embriagador murmullo, mientras que la luna, envuelta en pardos celajes,<sup>55</sup> íbase remontando pausadamente por el azulado y diáfano cielo.

La cámara permanecía desierta, y los hachones, con el chisporroteo de su llama, hacían centellear las armaduras que adornaban los ángulos de la estancia al mismo tiempo que con las desigualdades de su luz imprimían cierto tinte tan sobrenatural a los bíblicos personajes bordados en los tapices, que los rostros parecían animarse y las figuras cobraban vida hasta el punto de parecer próximas a despegarse de la tela a que estaban adosadas.

Allá al otro extremo del castillo sonaba un rumor compuesto por esa amalgama<sup>56</sup> de voces alegres, gritos y choques de copas, que desde lejos denota el oído<sup>57</sup> del observador la celebración de una espléndida cena.

De pronto todos estos discordantes ruidos cesaron por completo, y una voz clara y varonil comenzó a entonar, acompañada por los acordes de un arpa, una armoniosa trova, que en alas del viento corrió por bajo las bóvedas del castillo, y saliendo por los ajimeces extendiose por el espacio hasta llegar a los oídos de los míseros labriegos que, encerrados en sus chozas, descansaban al pie del peñón.

---

55. *Celaje*: Conjunto de nubes.

56. *Amalgama*: Mezcla, combinación.

57. Tendría que decir «al oído».

El ruido de las olas, manso y apacible en aquellos instantes, acompañaba la voz del que cantaba mejor que los arpegios<sup>58</sup> de su instrumento.

Poco a poco la canción fue adquiriendo, entre continuas vibraciones, una entonación elevada, hasta que por fin cesó en medio de un huracán de exclamaciones y aplausos que llegaron amortiguados por la distancia al desierto recinto de la cámara de honor.

Al mismo tiempo que esto sucedía, las vidrieras de una de las ojivales ventanas de la tal estancia se agitaron para abrirse, cediendo a esfuerzos exteriores, y dejar paso a un hombre que saltó dentro de la cámara.

Vestía un humilde y destrozado traje, y su rostro casi desaparecía entre los pliegues del tabardo en que se embozaba.

Cuando sus pies tocaron la rica alfombra que cubría el pavimento, paseó su vista con sobresalto por el salón como buscando un lugar en donde poder esconderse.

Mas apenas hizo esto, sonaron pasos fuera de la estancia, y el cortinaje que cubría la gran puerta se levantó, dando paso a un hombre con aspecto de escudero, que avanzó hasta la mitad de la cámara, sin reparar en el que de una manera tan misteriosa acababa de penetrar en ella.

De pronto el recién llegado fijó en este sus ojos, y echando mano a la espada, fuese sobre él diciendo:

—¿Quién eres? ¿Qué buscas aquí?

—¡Miserable!; ¿acaso ya no conoces a tu señor?

—¡Don Raimundo! —dijo el escudero con tal sorpresa, que en poco estuvo no se le cayera la espada de la mano.

---

58. *Arpeggio*: Sucesión de las notas de un acorde.